

CHRISTOPHER PAOLINI

www.eragons.com

EL
TENEDOR,
LA
HECHICERA
Y EL
DRAGÓN

Cuentos de Alagaësia

El tenedor, la hechicera y el dragón

Christopher Paolini

CUENTOS DE ALAGAËSIA

Con Angela Paolini,
que escribe como Angela, la herbolaria, en
«Sobre la naturaleza de las estrellas»

Traducción de Jorge Rizzo

Rocaeditorial

Título original: *The Fork, the Witch and the Worm*

© del texto: 2018, Christopher Paolini

© de las ilustraciones del interior: Christopher Paolini

Primera edición: febrero de 2019

© de la traducción: 2019, Jorge Rizzo

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Impreso por Liberduplex

Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

ISBN: 978-84-17541-80-4

Depósito legal: B 279-2019

Código IBIC: YFC; YFH

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

RE41804

Como siempre, este libro está dedicado a mi familia.

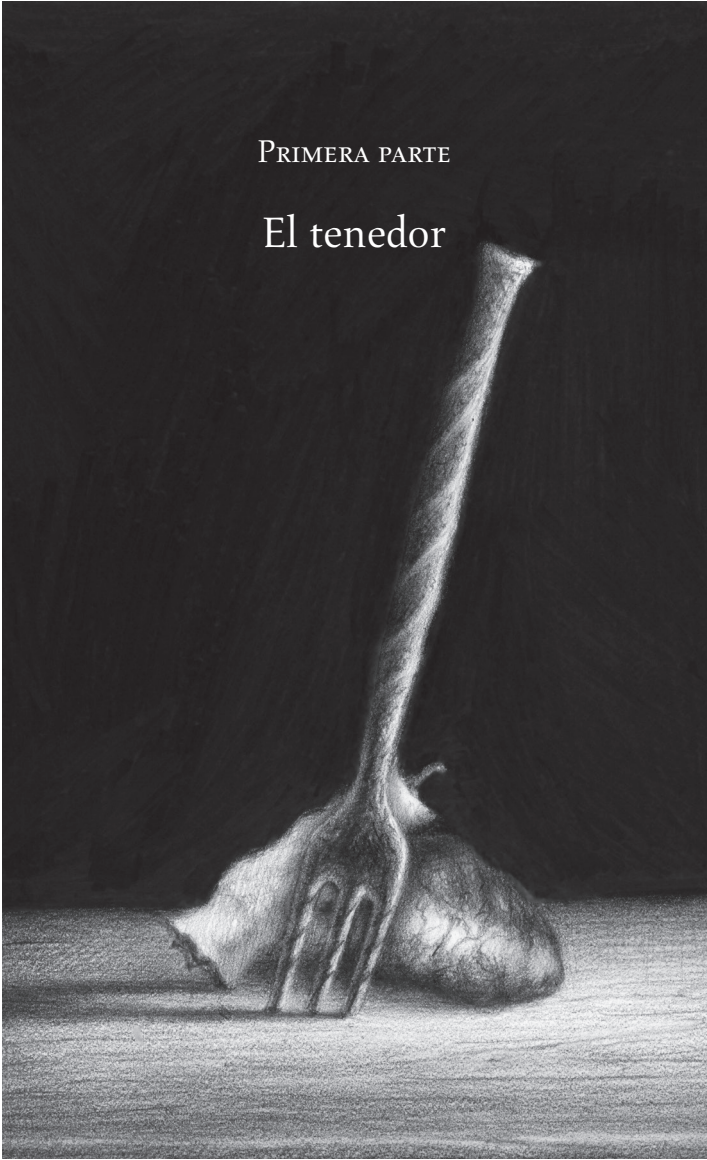
Y también a los lectores que lo han hecho posible.

Índice

PRIMERA PARTE: EL TENEDOR.....	11
1. El monte Arngor.....	13
2. Un tenedor a mano.....	34
3. La Sala de los Colores.....	86
SEGUNDA PARTE: LA HECHICERA.....	93
4. Rimas y acertijos.....	95
5. Sobre la naturaleza de las estrellas.....	107
6. Preguntas y respuestas.....	132
TERCERA PARTE: EL DRAGÓN.....	139
7. La trampa.....	141
8. La bestia de Kulkaras.....	158
9. Un nuevo inicio.....	266
Nombres e idiomas.....	274
Agradecimientos.....	281

PRIMERA PARTE

El tenedor



El monte Arngor

*E*l día no había ido bien. Eragon se recostó en su silla y dio un buen trago a la jarra de hidromiel de moras que tenía en la mano. Una sensación dulce y cálida le invadió la garganta, y con ella volvieron los recuerdos de las tardes de verano pasadas recogiendo bayas en el valle de Palancar.

De pronto, sintió un punto de nostalgia.

El hidromiel había sido lo mejor de aquella reunión con Hruthmund, el representante de los enanos. Un regalo para reforzar los vínculos de amistad

y colaboración entre los enanos y los jinetes..., o eso decía Hruthmund.

Eragon resopló. «Menuda amistad.» Se había pasado toda la reunión discutiendo con Hruthmund sobre la entrega de los suministros que le habían prometido. Daba la impresión de que Hruthmund consideraba que con cada tres o cuatro meses había más que suficiente, lo cual era absurdo, teniendo en cuenta que los enanos vivían más cerca de la academia que ninguna otra raza. Hasta Nasuada se las había arreglado para hacer envíos mensuales desde el otro lado del desierto de Hadarac, a una gran distancia hacia el oeste.

«Tengo que conseguir hablar con Orík y solucionarlo directamente con él.»

Una cosa más que sumar a su lista de tareas pendientes, al parecer interminable.

Eragon echó un vistazo a los montones de rollos, libros, mapas y trozos de pergamino que cubrían el escritorio que tenía delante. Todo aquello requería su atención. El panorama era deprimente. Suspiró.

Levantó la vista y miró a través de las toscas ventanas del refugio. La luz del atardecer bañaba las llanuras a los pies del monte Arngor, azotadas por el viento. Al norte y al oeste, el río Edda brillaba como una cinta de plata bruñida que se perdía a lo lejos. En el meandro más cercano había un par de barcos atracados, y del embarcadero partía un camino que se dirigía hacia el sur, hasta las colinas entre las que se alzaba Arngor.

Eragon había elegido esa montaña, tras consultarlo con Saphira y con sus compañeros de viaje, como nuevo hogar de los Jinetes de Dragón. Pero era algo más que eso: también era un refugio donde custodiar los eldunarís y, con un poco de suerte, el lugar donde nacería la nueva generación de dragones.

La alta montaña, de paredes verticales, era un vestigio de las Beor, algo menor que esas colosales cumbres, pero mucho mayor que las Vertebradas, los montes donde había crecido Eragon. Se elevaba en solitario sobre la verde pradera que se extendía

hacia el este, a dos semanas de plácida navegación más allá de las fronteras de Alagaësia.

Al sur de Arngor, el territorio era agreste e irregular, como una manta arrugada, y brillaba con el reflejo de las hojas de los árboles, que emitían destellos plateados como las escamas de un pez. Más al este se levantaban escarpaduras y barrancos, así como enormes montículos de piedra a modo de mesetas cubiertas con una frondosa vegetación. Entre ellos vivían grupos de tribus errantes: extraños humanos medio salvajes que no se parecían a nada de lo que Eragon hubiera visto antes. Hasta el momento no habían planteado ningún problema, pero él no se fiaba mucho.

Ahora tenía una gran responsabilidad.

La montaña recibía muchos nombres. Arngor, en la lengua de los enanos, quería decir «montaña Blanca», y, efectivamente, el tercio superior estaba cubierto de nieve y de hielo; desde lejos, la cumbre relucía entre las verdes llanuras. Pero también tenía un nombre secreto, antiguo, en la lengua de los ena-

nos. Porque cuando la expedición encabezada por Eragon había empezado a acampar a los pies de la montaña habían descubierto unos túneles excavados en la piedra, y en ellos inscripciones rúnicas que decían *Gor Narrveln*, «montaña de Gemas». Algún clan o alguna tribu antigua de enanos había excavado minas en las profundidades de la montaña.

Los enanos integrados en el grupo de Eragon se habían mostrado muy emocionados con el descubrimiento, y le habían dedicado mucho tiempo a debatir quién habría excavado las minas y qué gemas podrían encontrarse en su interior.

En lenguaje antiguo, la montaña era conocida como *Fell Thindarë*, que significaba «montaña de la Noche». Los elfos no habían sabido decirle a Eragon de dónde procedía ese nombre ni qué quería decir, así que él no solía usarlo. Pero también había oído que la llamaban *Vaeta*, o «Esperanza», y le pareció un buen nombre, ya que los Jinetes de Dragón eran una esperanza para todas las razas de *Alagaësia*.

Los úrgalos tenían su propio nombre para la

montaña: Ungvek. Cuando Eragon les preguntó qué quería decir, le respondieron que significaba «Cabeza Dura». Pero no estaba muy seguro de ello.

Y luego estaban los humanos. Eragon les había oído usar todos aquellos nombres indistintamente, y también el de Punta de Escarcha, término que sospechaba que usarían los mercaderes a modo de burla.

Personalmente, Eragon prefería cómo sonaba lo de Arngor, pero daba a cada uno de los nombres la consideración que merecían. La confusión reinante en cuanto a todos ellos reflejaba la situación en la academia: aquel lugar era una mezcla de razas, culturas y de conflictos, muchos de ellos aún por resolver...

Dio otro sorbo al hidromiel Mûnnvlorss; aquel era el nombre que le había dado Hruthmund a la botella: «Mûnnvlorss». Eragon pensó en el nombre, dándole forma, intentando deducir su significado.

La reunión con Hruthmund no había sido el primer problema del día. Los úrgalos se mostraban be-

ligerantes, como siempre. Los humanos, problemáticos. Los dragones en sus eldunarís, enigmáticos. Y los elfos..., los elfos eran elegantes, eficientes y educados hasta el extremo, pero cuando tomaban una decisión era «inamovible». Las negociaciones con ellos habían resultado ser mucho más difíciles de lo que Eragon pensaba en un principio; cuanto más tiempo pasaba con ellos, más de acuerdo estaba con la opinión de Orík: lo mejor era admirarlos desde la distancia.

Además de las dificultades interpersonales, también le preocupaban aspectos de la construcción de la fortaleza, la obtención de alimentos y otros suministros para el invierno que se acercaba, y un montón de detalles más relacionados con el gobierno de una gran población.

Y es que eso era, en esencia, en lo que se había convertido su expedición: en un asentamiento, que muy pronto sería permanente.

Eragon apuró las últimas gotas de su jarra. Sentía el efecto del hidromiel: el suelo se ladeaba ligera-

mente bajo sus pies. Se había pasado media mañana ayudando a la construcción del bastión, y eso había consumido una cantidad mucho mayor de sus fuerzas y de las de Saphira de lo que esperaba. Por mucho que comiera, no parecía que bastara para recuperar las energías gastadas. Las últimas dos semanas había tenido que apretarse dos agujeros el cinturón, y a eso había que sumar otro agujero que ya se había apretado en las semanas anteriores.

Vio un trozo de pergamino sobre la mesa y frunció el ceño.

Recuperar los dragones, liderar a los jinetes y proteger los eldunarís eran responsabilidades que deseaba, que aceptaba de buen grado y que se tomaba en serio. Y, sin embargo..., nunca había pensado que pasaría tanto tiempo de su vida haciendo «aquello»: sentado ante una mesa, trabajando con datos y cifras hasta que se le nublara la vista. Aunque la lucha contra el Imperio y el enfrentamiento contra Galbatorix habían supuesto un esfuerzo inmenso (y pese a que él nunca jamás desearía expe-

rimentar algo parecido), comparado con aquello le parecía algo mucho más emocionante.

En ocasiones soñaba con colgarse su espada, *Brisingr*, del cinto, subirse a Saphira y partir en busca de aventuras. Pero no era más que eso: un sueño. No podían abandonar a los dragones ni a los jinetes a su suerte; aún tendría que pasar mucho tiempo para eso.

—Barzûl —murmuró Eragon, y frunció el ceño aún más, pensando en todas las maldiciones que podría lanzar contra aquellos trozos de pergamino, arrojándoles fuego, hielo, rayos, viento, desintegrándolos o haciéndoles otras muchas cosas.

Suspiró, irguió la cabeza y alargó la mano para agarrar la pluma una vez más.

—*Para* —dijo Saphira, moviendo la cabeza al otro lado de la sala, en el hueco acolchado que había en el suelo, un nido lo suficientemente grande como para un dragón. El mismo nido donde, cada noche, dormía Eragon acurrucado bajo una de las alas de la dragona.

Al moverse, sus escamas brillaron como joyas, lanzando reflejos azules por las paredes, que se iluminaron como una pantalla de colores.

—No puedo —respondió Eragon—. Ojalá pudiera, pero no puedo. Hay que repasar estos manifiestos antes de mañana por la mañana, y...

—*Siempre habrá trabajo* —dijo ella, acercándose a la mesa, haciendo repiquetear la punta de las brillantes uñas contra la piedra—. *Siempre habrá quien nos necesite, pero tienes que cuidarte, pequeño. Por hoy ya has hecho bastante. Deja la pluma y olvida tus preocupaciones. Aún hay luz en el cielo. Ve a practicar la lucha con Blödhgarm o a darte de cabezazos con Skarghaz, lo que quieras, pero no te quedes ahí sentado, dándole vueltas a eso.*

—No —dijo Eragon, fijando la mirada en las filas de runas que cubrían el pergamino—. Esto hay que hacerlo, y solo puedo hacerlo yo. Si no...

La garra izquierda de Saphira atravesó el montón de pergaminos, clavándose en la mesa y derramando el tintero en el suelo.

Eragon dio un respingo.

—*Ya basta* —dijo, resoplando y echándole encima su cálido aliento. Luego extendió el cuello y se lo quedó mirando fijamente con uno de sus brillantes ojos de un negro profundo—. *Por hoy ya has acabado. Ahora mismo ya no puedes ni pensar. Ve.*

—No puedes...

—*¡Venga!* —le espetó ella, con un gruñido suave pero profundo.

Eragon quería replicar, pero se contuvo.

—Muy bien —dijo, dejando caer la pluma junto a la garra de Saphira—. Apartó la silla del escritorio, se puso en pie y levantó las manos en señal de rendición—. Vale, tú ganas. Me voy.

—*Bien* —respondió ella, con un gesto divertido en los ojos, empujándolo hacia el umbral de la puerta con el morro—. *Y no vuelvas hasta que estés de mejor humor.*

—Hmpf... —protestó él, aunque al pasar por el arco de entrada y tomar las amplias escaleras curvadas que bajaban al exterior tenía una sonrisa en el

rostro. A pesar de sus protestas, Eragon no lamentaba apartarse de su mesa. Aunque le molestara un poco, sabía que Saphira era consciente de ello, pero no valía la pena discutir por esa tontería.

A veces era más fácil librar una batalla que saber cómo afrontar las cosas más mundanas de la vida.

Esa era una lección que aún estaba aprendiendo.

Los escalones no eran altos, pero el espacio entre las paredes era lo bastante amplio como para que Saphira cupiera cómodamente. Salvo por los aposentos privados, en el bastión todo tenía unas medidas suficientes como para que pudiera pasar cualquier dragón, salvo los más grandes, como en la isla de Vroengard, el antiguo hogar de los Jinetes de Dragón. Era una característica imprescindible de la fortaleza, pero significaba que hasta la construcción de una simple sala se convertía en un ejercicio monumental, y que la mayoría de las cámaras eran enormes e imponentes, más aún que en la gran ciudad enana de Tronjheim.

El lugar tendría un aspecto más acogedor, pensó

Eragon, cuando pudieran dedicar tiempo y energías a decorarlo. Había algunas banderolas y tapices colgados de las paredes, y con unas pocas alfombras ante las chimeneas se podría atenuar los ecos, dar un toque de color y mejorar el aspecto general del lugar, pero de momento el único equipamiento con el que contaban eran los numerosos farolillos sin llama de los enanos, colgados a intervalos regulares por las paredes.

Aunque de momento no es que hubiera mucho que decorar. Un puñado de almacenes; unas cuantas paredes; el refugio donde dormían él y Saphira, en lo alto de un saliente rocoso con vistas al resto de la ciudadela planeada. Habría que construir y excavar mucho más antes de que el complejo empezara a parecerse mínimamente a la visión que tenía Eragon.

Bajó hasta el patio principal, que no era más que un cuadrado de piedra sin pulir con herramientas, cuerdas y tiendas diseminadas. Los úrgalos estaban practicando la lucha alrededor de su hoguera, como solían hacer, y Eragon se quedó mirando un rato, pero no tenía ningunas ganas de participar.

Dos de los elfos —Ästrith y Rílvén—, que montaban guardia en las almenas, con vistas a la llanura a los pies de la montaña, asintieron a modo de saludo cuando lo vieron acercarse. Eragon les devolvió el gesto y se mantuvo a cierta distancia, con las manos a la espalda, respirando el perfumado aire del atardecer.

Luego fue a supervisar la construcción del salón principal. Los enanos lo habían diseñado de acuerdo con el plan general trazado por él mismo, y después los elfos habían añadido algunos detalles finales, lo cual había ocasionado más de una discusión entre ambos grupos.

Desde el salón, Eragon fue a los almacenes y se puso a catalogar las cajas y los barriles de suministros que habían llegado el día anterior. A pesar de la reprimenda de Saphira, no conseguía distanciarse del trabajo.

Había «mucho» que hacer, y nunca conseguía disponer del tiempo o de la energía necesarios para ver cumplidos (aunque fuera en parte) sus objetivos.

En el fondo era consciente de que Saphira desa-

probaría que no estuviera de fiesta con los enanos, practicando la lucha con los elfos o haciendo algo, lo que fuera, pero algo que no fuera trabajo. Sin embargo, ahora no le apetecía ninguna de esas cosas. No le apetecía luchar. No le apetecía leer. No le apetecía dedicar energías a actividades que no le ayudaran a resolver los problemas a los que se enfrentaban.

Porque todo descansaba sobre sus hombros. Los suyos y los de Saphira. Cada decisión que tomara afectaría no solo al futuro de los Jinetes, sino a la propia supervivencia de los dragones. Y, si se equivocaba en su elección, podría suponer el fin de ambos.

Con aquellos pensamientos en la cabeza resultaba difícil relajarse. Impulsado por su insatisfacción, Eragon volvió a subir las escaleras hacia el refugio. Pero giró antes de llegar a lo más alto. Atravesó un pequeño túnel lateral y entró en la cámara que habían excavado justo debajo Saphira y él con hechizos e incluso usando picos.

Era una gran cámara en forma de disco. En el centro, sobre varias tarimas escalonadas, había un

surtido de relucientes eldunarís. La mayoría los habían traído Saphira y él mismo de la cripta de las Almas de Vroengard, pero también había unos cuantos corazones de corazones que Galbatorix había mantenido sometidos a su voluntad.

El resto de los eldunarís (los que habían acabado enloqueciendo con los hechizos y la tortura mental de Galbatorix) estaban almacenados en una cueva en las profundidades del monte Arngor. Allí no podrían hacer daño a nadie con sus pensamientos desquiciados. Con el tiempo y con la ayuda de otros dragones, Eragon esperaba poder llegar a curarlos. Pero eso sería un trabajo de años, tal vez de décadas.

Si hubiera sido por él, habría colocado todos los eldunarís en esas cuevas, junto a los numerosos huevos de dragón. Era el mejor modo de protegerlos, el refugio más seguro para ellos. Eragon era muy consciente de que corrían el riesgo de que los robaran, a pesar de las muchas defensas que había instalado en la cámara.

No obstante, Glaedr, Umaroth y los otros drago-

nes que aún estaban en plena posesión de sus mentes se habían negado a vivir bajo tierra. Tal como había dicho Umaroth: «Nos hemos pasado más de cien años encerrados en la cripta de las Almas. Quizás un día pasemos otros cien años esperando en la oscuridad. Pero hasta que llegue ese día, nos gustaría sentir la luz sobre la superficie de nuestros eldunarís».

Y así había sido. Los eldunarís más grandes estaban sobre la tarima central; los más pequeños, dispuestos en círculos a su alrededor. En la pared circular de la cámara se abrían decenas de estrechas ventanas ojivales que los elfos habían cerrado con unos cristales que fragmentaban la luz entrante en brillos irisados. Cualquiera que fuera la hora del día, la sala, orientada al norte, estaba siempre llena de luz e iluminada por rayos multicolor procedentes tanto de las ventanas como de los propios eldunarís.

Los enanos y los elfos se habían acostumbrado a llamarla la Sala de los Colores, y Eragon estaba bastante de acuerdo con aquel nombre. Realmente, resultaba muy descriptivo.

Se abrió paso hasta el centro y se arrodilló frente a la joya dorada y brillante que era el corazón de corazones de Glaedr. La mente del dragón entró en contacto con la suya. Eragon percibió un amplio panorama de pensamientos y sentimientos que se abría ante él. Como siempre, se sintió muy pequeño ante aquel despliegue de energía.

—*¿Qué es lo que te preocupa, Eragon-finiarel?*

Aún inquieto, Eragon frunció los labios y miró más allá del eldunarí, hacia el cristal semitransparente de las ventanas.

—*Es demasiado trabajo. No consigo sacármelo de encima, de modo que no encuentro el momento de hacer nada más. Cada vez me cuesta más.*

—*Debes aprender a centrarte* —dijo Glaedr—. *Cuando lo hagas, esos asuntos menores dejarán de preocuparte.*

—*Lo sé... Y sé que hay muchas muchas cosas que no puedo controlar.* —Eragon esbozó una sonrisa tan breve como triste—. *Pero saberlo y hacerlo son cosas diferentes.*

Entonces se les unió otra mente, la de Umaroth, uno de los eldunarís más antiguos. En un acto reflejo, Eragon miró hacia el corazón de corazones blanco que contenía la conciencia del dragón.

—*Lo que necesitas es una distracción* —dijo Umaroth—, *algo que te permita descansar la mente y desconectar.*

—*Desde luego* —coincidió Eragon.

—*En ese caso, quizá podamos ayudarte, Argetlam. ¿Recuerdas que mis compañeros y yo vigilábamos Alagaësia desde el interior de la Cripta de las Almas?*

—*Sí...* —respondió Eragon, que ya veía por dónde iba el dragón.

Tenía razón.

—*Pues hemos seguido haciéndolo, Argetlam, en parte para pasar los días, pero también para adelantarnos a los acontecimientos y no dejarnos sorprender si llega a aparecer un nuevo enemigo.*

Otras mentes se unieron a la de Umaroth: eran el resto de los eldunarís, que se disputaban un espa-

cio en la conciencia de Eragon en un mar de voces profundas. Como siempre, tuvo que hacer un esfuerzo mental para contenerlas y mantener el contacto con sus propios pensamientos.

—*¿Por qué no me sorprende?*

—*Si lo deseas* —dijo Glaedr—, *podemos mostrarte parte de lo que vemos. Una visión diferente que quizá te proporcione una nueva perspectiva.*

Eragon vaciló, considerando la oferta.

—*¿Cuánto tiempo llevará?*

—*Lo que haga falta, jovencito* —dijo Umroth—. *Precisamente, lo que debes hacer es dejar de preocuparte por el tiempo. ¿Se preocupa el águila por lo que dura el día? ¿Lo hacen el oso, el ciervo o los peces del mar? No. ¿Por qué tienes que hacerlo tú, pues? Haz lo que puedas y deja todo lo demás para mañana.*

—*Muy bien* —dijo Eragon, levantando el pecho y cogiendo aire, como preparándose—. *Pues mostrádmelo.*

Inexorables como el avance de la marea, las men-

tes de los dragones invadieron la suya. Arrancaron a Eragon de su cuerpo, lo sacaron de la Sala de los Colores y se lo llevaron de la nevada cima del monte Arngor, apartándolo de todas sus preocupaciones, para transportarlo hasta las familiares pero lejanas tierras de Alagaësia.

Ante él fueron apareciendo una serie de imágenes, y con ellas vio y sintió mucho más de lo que se esperaba...